

GAZETA DE MADRID

DEL LUNES 10 DE AGOSTO DE 1812.

GRAN BRETAÑA.

Londres 30 de mayo.

Parece que las principales dificultades para el arreglo del nuevo ministerio consisten en que los diferentes partidos no concuerdan entre sí sobre la concesion inmediata de las peticiones de los católicos, y sobre la revocacion de las órdenes del consejo.

Por lo que hace al primer punto es ya ciertamente vergonzoso el que en un parlamento ilustrado se discuta una cuestion de esta naturaleza, y que las medidas de union, de paz y de reconciliacion encuentren oposicion de parte de los ministros y de sus partidarios. Semejante conducta no solamente es contraria á la sana razon, á la política y á los intereses comunes de la nacion, sino que tambien por ella los ministros aparecen á los ojos de la Europa ilustrada como los hombres mas injustos é intolerantes, ó quando menos como pusilánimes y cobardes.

Los pretextos que alegan para negar á los católicos lo que piden son infundados, y aun ridículos; y lo que es mas estan en contradiccion con la conducta que han observado constantemente de un siglo á esta parte.

Pudiera probarse esta verdad con mil hechos y testimonios deducidos de la historia de los últimos tiempos; pero no hai necesidad de que nos detengamos en semejantes pormenores, porque son notorios á todo el mundo. Sin embargo, no dexaremos de recordar uno que es bastante fresco. En la época peligrosísima para la Inglaterra de la guerra de América es bien sabido que los católicos irlandeses hicieron en favor de la metrópoli los mayores sacrificios: nuestros cuerpos de voluntarios se llenaron entonces de soldados católicos irlandeses, los quales manifestaron en todas ocasiones su amor á la patria y un valor inalterable para defender los intereses del estado. El gobierno, fuese por necesidad, ó por convencimiento de que nada tenia que temer de los católicos, ni que la tranquilidad pública seria perturbada, consintió entonces en ponerles las armas en manos de ellos, y hubo tambien de ceder á las solicitudes que le presentaron pidiendo la independencia del parlamento de Irlanda, y que se aboliesen ó se suavizasen al menos algunas leyes penales ó restrictivas puestas contra los que profesaban el catolicismo.

Los efectos que produjo esta concesion fueron los mas saludables: los católicos estrecharon mas desde entonces su union con los protestantes, á quienes consideraban como hermanos unidos entre sí por intereses comunes y beneficios recíprocos, y su zelo por el servicio de la nacion ha sido el mas ardiente.

Esta union de los católicos con los irlandeses es lo que llenó despues de sobresalto á algunos ministros pusilánimes y de ideas mezquinas: ellos y sus partidarios no perdonaron medio para infundir desconfianza á los protestantes, y para hacerles creer que si los católicos continuaban armados era de temer que el papismo fuese otra vez entronizado en Inglaterra.

Estas sugerencias sembraron la discordia entre unos y otros, alarmaron á los fanáticos, y renovaron las antiguas persecuciones y los horrores contra los católicos. El gobierno miraba con indiferencia, ó mas bien consentia en estas tropelías y violencias, pues ninguna providencia se le vió tomar para contenerlas: lejos de eso quando vió mas ensangrentados que nunca á los dos partidos, inundó la Irlanda de tropas, cuya conducta con los católicos fue mas cruel todavia que la de los fanáticos ó ilusos que habian movido los alborotos.

En el año 1794 se repitieron estas escenas de sangre y horror: la Irlanda fue por segunda vez inundada de soldados ingleses y de tropas alemanas, que con el pillage, los asesinatos y los incendios completaron la desolacion de aquel desgraciado pais. El parlamento irlandés perdió tambien su independencia, y en vano se quiso justificar la medida de la union, suponiendo que lo exigian así los intereses comunes, el mejor arreglo de la representacion y la voluntad de la parte sana y mas numerosa de los irlandeses; siendo cierto que todo fue obra de la fuerza, de la intriga y de la corrupcion. Por mas que se quiera decir es bien sabido que no pasaron de 30 los irlandeses que consintieron en semejante union, y que pasaron de 700 los que se opusieron abiertamente á esta providencia, incluso el parlamento de aquel reino, el qual aunque á la sazón se veia rodeado y amenazado de las bayonetas inglesas y alemanas, tuvo todavia bastante firmeza para desechar en su principio semejante union, y si cedió despues, fue á no poder mas, convencido de que era inútil su resistencia, y que de continuar en ella se agravarian aun mas las calamidades del reino.

Incorruptam fidem professis,
nec amore quisquam, et sine odio dicendus est.
TACIT. Hist. lib. 1. cap. 1.

¡Ojalá que hubiésemos en tiempo conocido tan importantes verdades, y arreglado por ellas nuestra conducta! ¡Ojalá que á lo menos hace tres años que se hubiera hecho así! Menos tiempo de contradicción, ya que fue la desgracia el empezar, nos habría ahorrado la centésima parte de los males que lloramos hoy. ¡Cuántos motivos y ocasiones de desengañarnos y de volver atrás no se han perdido en él! ¡y qué de lágrimas y fortunas y vidas no se habrían evitado, ahorrado, conservado! Hemos tenido no una sola oportunidad, en que salvo el orgullo, que tan mal llamamos español, se pudo transigir y sacar para esta nación misma, á quien se toma por causa de la lucha, los partidos más ventajosos. Después de las acciones de Medellin, Almonacid, Talavera y Ocaña, ¿no era ya tiempo de empezar á ser cuerdos, y acercarse á una composición? ¿no lo era después de la entrada del Rey en las Andalucías? ¿no lo era por último, sujeta y humillada Valencia? ¿A qué esperamos ya para mirar por nuestros intereses y nuestra suerte y existencia? ¿Habrán de ser eternos esta guerra y sus males? ¿qual hai, si no, que no tenga su fin; y en que no se hore después y se maldiga el tiempo que se tardó en buscar y negociar la paz?

Sobrado se ha hecho ya por el empeño, ó mas bien la ciega obstinacion. Las glorias de Sagunto y Numancia fueron glorias estériles. Llega un punto en que la constancia, el valor, y si se quiere, la misma heroicidad, son un delirio. Hoy lo sería el pensar en la vuelta de la dinastía que acabó. La política y las armas se lo estorban: el gobierno de Cádiz no la quiere; y la nación no tiene por que echarla menos. ¿Se lo diré á esta nación que prindiga por ella su felicidad y su vida? ¿ó respetaré á la desgracia, y callaré? Pero hai tales verdades, que la justicia misma ordena el proclamarlas, por librarse en ellas desengaños de grande utilidad.

Debiendo ser la Francia nuestra aliada natural, por nuestra posición respectiva, el grado de civilización y relaciones íntimas con que desde el siglo XVI se ven las naciones en preciso contacto; y teniendo no otros que temerlo y esperararlo todo de su poder y su influencia; el interes de ambas y el de la Europa entera por las garantías y pactos que la ligan, reclaman imperiosamente que ocupe el trono español un Príncipe frances, y que los lazos de la sangre nos aseguren de una paz verdadera, mandando sobre las dos naciones una misma familia. No pueden sin esto ser amigas, ni tener entre sí seguridad y confianza. Es una verdad de hecho, consignada en la historia, que solo hemos gozado de tan preciosos bienes por el siglo último, que nos rigió un Borbon, quando llevábamos sufridos 200 años de rivalidades y guerras con el mando de la casa de Austria. Estas rivalidades y esta guerra quedaban de otro modo, aunque adormecidas, desde ahora declaradas; y una menor edad, un reves de fortuna, el influxo de una potencia

extraña, un cálculo qualquiera de la ambicion ó el orgullo, pondrian en un instante á ambas naciones, á la par fijas que valientes, las armas en la mano para degollarse y arruinarse.

Añ que, sin hablar aqui de los sucesos de Aranjuez y Bayona; de las solemnes renunciaciones hechas por Carlos y Fernando, fuesen ó no libres ó amfidas, pero sin consultar como debieron la voluntad general; de la inconsideracion, ó mas bien debilidad inconcebible que en esto acrecitron; de su resolucion deliberada de ceder del Buro alá á la Francia, ó huirse á las Américas, dexandonos aqui en el abandono y la anarquia; y de la entera libertad en que nos vemos hoy por todo ello de consultar únicamente á nuestro verdadero bien, y por él decidimos sin atencion alguna á intereses privados, cosas todas de que habla con igual solidez que gravedad el juicioso papa: *quienes sean los verdaderos patriotas en España*; una política acertada, el bien entendido patriotismo, y sobre todo la suprema lei de la conservacion y el bien estar, nos mandan necesariamente que si buscamos una paz duradera, compadeciéndonos como buenos su triste fatalidad, no echemos sin embargo menos, ni hagamos dañosos sacrificios por la dinastía que acabó. Los pocos españoles que conociendo bien estas verdades, lo arrojaron todo por su evidencia, y se unieron desde el principio en derredor del Rey, han sido notados por la insurreccion y la ignorancia de desleales y *traidores*: la imparcial posteridad los juzgara y á sus acusadores; y no hai que dudarlo, estos solos llevarán sobre sí por su obstinacion, sus pasiones interesadas, sus injusticias y egoismo la odiosa mancha con que señalau hoy á los primeros.

Es otro igual delirio el pensamiento de una república. Volvamos, si no, los ojos á la Francia, que nos dió servir de leccion y exemplo en tantas cosas. ¡Qué de vidas y lágrimas y de confusion y trastornos no le costó este sueño! En 10 años de lucha ni logró realizarlo, ni sufrió otra cosa que la ansiedad de los partidos, que derrotados los unos por los otros con el mayor furor, y proscribiéndose y acabándose vencedores y vencidos, vinieron por último á lanzarse en los brazos del héroe que hoy la rige, colmándola de glorias, y arrancó con su mano vigorosa y triunfante del precipicio en que caia. De entonces solo empiezen los dias de su verdadera seguridad, su organizacion interior, la riqueza y buen orden de sus rentas, sus leyes, sus instituciones asombrosas, y su gran representacion entre los pueblos. Antes todo era efimero y atropellado; y fue como preciso pasar por todas las vicisitudes que sufrió para poder llegar al término dichoso en que se ve.

Las ideas de igualdad, de moderacion, de frugalidad, de independencia, son tan gratas como seductoras: las memorias que nos han quedado de Grecia y Roma nos embebecen y deslumbran: hombres elocuentes de estos últimos tiempos nos las han refrescado con la mayor exáltacion; y yo mismo he partido con ellos en el silencio de mi gabinete su noble delirio y entusiasmo. Pero las teorías y la práctica son cosas muy distantes entre sí. Atenas desterraba á sus mayores hombres; el estracismo era una pieza de importancia en la maquina de su constitucion. Esparta por la suya era

la enemiga de las demás naciones, opuesta á la civilización y las luces, perseguidora del gusto y de las artes. Y en la misma Roma yo no veo otra cosa desde el principio, ni en sus comicios ni en su foro, que discordias, intrigas, venalidad, y puñales y sangre, que le dieron por último sus Tiberios, Claudios y Nerones. Somos demasiado grandes, viejos ya y corrompidos para el desinterés, la austeridad, los sacrificios, la frugalidad y altas virtudes necesarias á este gobierno. Los demás, si posible fuera el establecerlo entre nosotros, no lo llevarán bien, como no lo llevaron y acabaron por último con el de Seneca, y el de Holanda y Polonia estos años pasados. Nuestras provincias tampoco sabían, ni quisieran convenirse entre sí, si se tratase de ello: de caracteres, de inclinaciones, de fueros y costumbres diferentes, los partidos se levantarían; se harían valer derechos y pretensiones exorbitantes y sin fin; la guerra civil se encendería; y vendríamos por último á caer baxo un gefe qualquiera, que se alzase entre todos, y nos juzgase y dominase.

Mas las cortes de Cádiz, se dirá, permanecen unidas, y trabajan en una constitucion de monarquía templada, haciendo en ella sola á reunir los ánimos de todos; y á darnos la energía, la fuerza y la unidad que nos han faltado hasta aquí. ¿Y quién será bastante á poner en planta esta constitucion? ¿dó de lo ha de ser? ¿qué brazos la apoyarán y sostendrán? ¿quién la obedecerá? ¿es lo mismo escribir una lei que hacerla executar? Sin el poder efectivo y real es vano el mando: y este, para tenerlo, era preciso poder antes echar de nuestro suelo al Rei y sus ejércitos; poder luego librarlos, no ya de la influencia, sino del yugo y el imperio inglés, que se desplegarían sobre nosotros en toda su extensión interesada y orgullosa; poder las cortes adquirir la consideracion que no tienen, y hacerse respetar de todos; poder tras esto instalar sin pretensiones ni partidos una fuerza executora mucho mas respetada, y tan activa y vigilante como imparcial y justa; y poder en fin armarla competentemente para que fuese obedecida, tener en lo interior paz con las potencias extranjeras un sosiego, una paz, qual no es posible prometernos, y un hombre al frente de los negocios públicos, tan asombroso y singular, y de una opinion y unos servicios militares tan señalados como el que la Francia eligió. Sin todas estas cosas, y este hombre de guerra y estado, que ni tenemos, ni ejércitos ni circunstancias que puedan hoy formarlo, es preciso mirar como un sueño agradable las ideas y planes de las cortes de Cádiz.

Lo que si tendríamos por colmo de todos nuestros males, pero necesariamente, seria la guerra civil, que en el principio mismo de nuestras turbulencias empezó á clararse entre nuestras provincias por las desobediencias de sus juntas: se adormeció después por nuestras derrotas y desgracias; pero que despertó al instante con mayor furor para abrazar nuestro suelo y devorarnos. Galicia entonces tuvo sus pretensiones para hacerse independiente, y buscó y solicitó á este fin á los leoneses y asturianos: la junta de Sevilla desautorizó al consejo real en una de sus proclamas, y quasi le acusó de traición: mandó ir sobre Granada al general Morla; y no hubo cosa que no hiciese

para lograr la preponderancia que obtuvo en la central: Valencia no obedeció á esta ni sus órdenes, y se descompuso con las Andalucías: las demás provincias no estaban mas acordadas; y todo en fin tiraba á un rompimiento general sino la nueva irrupcion de los franceses sobre Búrgos y Madrid. Esto mismo volveria á suceder; y después de cansados, ó mas bien aniquilados en la lucha, tendríamos por último, para no perecer, que implorar con vergüenza los auxilios y el brazo regulador que hoy resistimos y desconocemos.

¿Diré aqui otra verdad que me comprimo el corazón siempre que la recuerdo, ó reflexiono sobre sus consecuencias? El mayor mal que nos pudiera hacer el Emperador de los franceses, era el sacar de España al Rei su hermano y sus ejércitos: dexarnos, si era posible, en un día abandonados á nuestra obstinacion, y decirnos sencilla y paladinamente: »Pues no me queréis por amigo y aliado, ni á mi hermano por Rei, él y yo convenimos en dexaros: elegid el gobierno que queráis, y jamas mas contad con nuestra proteccion.» ¡Qué seria de nosotros ese día! Las cortes de Cádiz, la regencia actual, las que han caido, millares de descontentos ó agraviados, los partidarios del anterior gobierno, los republicanos, los jacobinos, la grandeza, los militares, la iglesia, los togados, los hombres de todas las clases, de todas las opiniones y sistemas se levantarían de repente, hablarían, escribirían, altercarían: las quejas, las acusaciones, las calumnias no tendrían ni término ni modo: renovarían las provincias sus no olvidados resentimientos: los facciosos y los fanáticos, con los santos nombres de patria y religion, soplarían y revolverían este fuego; y en el carácter y dureza española seria su llama lo que no es posible imaginar sin estremecerse, por su furor y sus horrores.

No nos ceguemos con vanas ilusiones: la guerra civil ahora mismo está sobre nosotros: reflexionemos bien sobre sus consecuencias, y temblemos: sobre todo deberán temblar y estremecerse los hombres moderados, los amigos del órden, los propietarios, los elevados por sus clases, todos en suma, quantos tengan algo que perder ó aventurar. En estas convulsiones y trastornos son los que ganan los que nada han tenido; y lo pierde todo y es atropellado y oprimido el hacendado, el rico, el hombre de probidad ó mérito, el clero, la nobleza, todos en fin, los que de qualquier modo ó por qualquiera causa pueden despertar los gritos de la envidia, ó llamar hácia sí las atenciones. La inmoralidad y la osadía en nada se detienen, ni reconocen ningun freno: la virtud y la moderacion con muchos y muy fuertes lo miran y respetan todo: aquellas gritan y conmueven; y estas callan y tiemblan. En fin, el impudente, el criminal, el intrigante son en los alborotos los únicos que viven y prosperan, y todo lo demás sucumbe y desaparece.

Muchas veces he oido con dolor lisonjearse los insurgentes de las ventajas ó supuestas ó efímeras de sus grandes ejércitos, y aun llegar á soñárselos quasi á las puertas de Madrid, y anunciar su llegada para tal ó tal día. No saben los alucinados ni lo que buscan, ni lo que desean, ni la nube que llaman sobre sus cabezas. Si fuese posible la entrada de sus héroes y tropas en esta capital, ellos serian

los que principalmente lo horasen. El soldado no distingue en su vida libre y licenciosa, y en su impune osadía al amigo del que no lo es. Donde hai mas que tomar, en la casa del rico, del comerciante, del hombre conocido, allí corre y carga mas, y mas oprime y se ceba: maltrata y roba sin distincion á todos; y el término tan constante como doloroso de sus ruinosas correrías es arrasarlo y arrebatarlo todo, ganados, víveres, alhajas, dinero, quanto puede arrancar del infeliz paisano, que *traidor ó nuestro*, sin diferencia alguna, siempre viene á quedar ultrajado, saqueado, y maldiciendo su barbaridad. ¡Desmientánme si no, las ciudades y pueblos donde las tropas insurgentes, sus bandas y guerrillas han sido mejor recibidas y tratadas! ¡los particulares que mas las han servido y auxiliado! ¡aquellos que mas de corazon estan en su partido, y canoizan y proclaman su fiereza y atrocidad!

El pueblo de Madrid es quien menos ha padecido de estas violencias, pagado menos contribuciones, sufrido menos alojamientos y menos vexaciones y cargas. La presencia del Rei le ha servido de escudo para con las tropas, que sin su augusta sombra le hubieran tratado singularmente al principio con el mayor rigor. Quéjase sin embargo, así por estas tropas que no pueden menos de serle gravosas y pesarle, como por la falta en que se ve de las rentas y grandes riquezas, que gozó en otro tiempo de toda la nacion, ya como residencia de sus Reyes, sus grandes y principal nobleza, y ya como centro de la administracion y la justicia, en donde se trataban los mayores y mas preciosos intereses, y despachaban y libraban las primeras gracias y pretensiones.

Pero si se queja de la carga que tiene sobre sí, si esta le aflige tanto; ¿por qué no sigue el solo y seguro camino que puede haber para redimirse de su peso, el de enseñar á los demas con grandes y continuos exemplos de adhesion al trono y de fidelidad y amor, lo que deben hacer, y en que se libra su felicidad? que no es otra cosa que estrecharse y unirse con el Rei, respetarle y servirle como á tal, consolidando así baxo su cetro un gobierno verdaderamente español, que sin el auxilio de fuerzas extrangeras se mire obedecido, y pueda hacer el bien. Los franceses entonces le dexarian libre, como todos lo deseamos; y Madrid, hoy tan pobre y abatido, volveria á cobrar en poco tiempo sus antiguas riquezas y esplendor.

El ha visto, ha conocido al Rei que tiene, y sabe bien sus altas prendas y virtudes. En vez de su silencio, levántese pues, con energía, y avergüence y confunda á tanto vocinglero faccioso y egoísta como le deshonra, que ó no conociendo todo el daño que hacen, ó con un contento atroz y reflexivo, atizan la desconfianza y la discordia, forjando y esparciendo las noticias mas monstruosas, y haciéndolas correr por las provincias, para alarmarlas y sostener su error. Fuéranse enhorabuena los tales hombres á aumentar el número de sus ponderados ejércitos, y á defender, las armas en la mano, la secta que profesan, yo los discul-

patia; pero el que disfrutando de todos los beneficios del gobierno y su seguridad y proteccion, conspiran en secreto por desacreditarlo y destruirlo, es una vileza imperdonable.

No por esto se entienda que intento aquí manchar la lealtad y buen nombre de los dignos madrileños y su ilustre y zelosa municipalidad: estos son verdaderos amigos del Rei y de la patria, y se duelen, como yo, del delirio revolucionario, ó la perfidia de los que censuro: mi imparcialidad y franqueza no los puede ofender; y unidos todos, como lo estamos, en una misma causa y opinion, nuestras esperanzas, votos y deseos no pueden ser discordes entre sí.

¡Oxalá que estos deseos y estos votos pudiesen ser conocidos desde los regentes de Cádiz y sus cortes hasta el mas retirado y pacífico aldeano, y escuchados nuestras voces y ruegos en nombre de la patria agonizante por quantos se llaman españoles, y se honran y envanecen con este ilustre nombre! ¡Oxalá que pudiesen juzgarse en el silencio de la exáltacion y las pasiones, y con toda la austeridad de los principios mas severos! No pretendemos, no queremos de ellos ni la indulgencia, ni el disimulo, sino imparcialidad y reflexion.

¿Qué se intenta, les diríamos con la noble franqueza del patriotismo mas puro y desinteresado, qué se intenta lograr con esta no ya obstinada, sino insensata resistencia? ¿Arrojar del suelo español al Rei y sus ejércitos? Es imposible. No pudisteis hacerlo quando teniais el primer hervor, y tropas, y cabos, y dinero, y quanto ya no hai, ¿y lo podreis ahora que estos ejércitos ocupan y dominan quasi la España entera, estan arraigados en sus provincias, y tienen en ellas y la capital de todo el reino un gran partido, que crece y se fortifica cada dia? ¿Ahora que mil y miles de todas las clases y carreras, y con ellos sus parentelas y familias, se hallan comprometidos y ligados á la suerte del Rei por las gracias y empleos que tienen de su mano? ¿Ahora que este Rei, de asiento por años en medio de nosotros, ha podido darse á conocer; y observado, juzgado y aplaudido de quantos se le acercan, séanle afectos ó disidentes, los gana hácia sí á todos por sus nobles prendas, sus talentos y singular bondad? ¿Ahora que está jurado por toda la nacion, y reconocido de las demas, á excepcion de la inglesa, como Rei legítimo de España, seria su abdicacion el soplo de una nueva guerra en toda Europa, y un estorbo añadido á la paz general, que tanto suspira y necesita? ¿Ahora pensais vosotros echarlo de esta España? Convenid de buena fe que esto es un sueño. (*Se continuará.*)

TEATRO.

En el del Príncipe, á las ocho de la noche, se representará por la compañía española la comedia en tres actos titulada el Cadete, y un buen sainete. Actores en la comedia. Señoras María García y Torres. Señores Ponce, Avocilla, Contador y Justo Mas.